

Desoyendo los cantos de sirena del psicoanálisis, trae Valente a colación el estado de «conciencia excepcional» que precede a la palabra escrita, de la poesía en concreto. Estado de «sobreconciencia» o de «conciencia dilatada» que se corresponde con el término *dilatatio* usado por los místicos, «que corresponde al éxtasis, a un salirse de sí mismo, y ese es el momento en que se produce la creación». De ese estado de gracia —o «místico»—, como «constatación de ese estado» (al decir de Antoni Marí), queda el «residuo verbal», el poema. Por eso, podemos decir, la poesía de Valente es fruto fragmentario, mínimo, parcial; objeto verbal de una gran concentración, de una tensión extrema que acerca la palabra al aforismo, que destruye todo referente ajeno o aleatorio, trascendiendo toda anécdota. La poesía, nos dice «es una disciplina espiritual» y, en otras tradiciones (donde no se confunde Religión con Iglesia institucional) «religiosa». En España «el valor sacro de la poesía» se relaciona directamente con la ausencia en nuestra historia literaria de un romanticismo pleno y auténtico y con la escasa implantación de una tradición (que es la de Valente) meditativa (fuera de los nombres de Unamuno, Cernuda o María Zambrano). «Por eso cierto tipo de poesía, según el autor de *Breve son*, produce mucho desconcierto en nuestro medio, desconcierto y hostilidad».

Conviene tener en cuenta en estos tiempos de creatividad desprestigiada y escasa, en los que vivir de las rentas literarias ajenas es considerado punto más que beneficioso y respetable, donde ser un «clásico» se confunde con parecerlo o con conocer a alguien que en su juventud leyó a los griegos, la reflexión de Valente acerca de esos «tradicionalistas» que so capa de defender la «tradición» impiden «traer la tradición adelante». Que de eso, es un suponer, debería tratarse.

3.

Antes he dado a entender que no creía que *Material memoria* supusiera ruptura alguna respecto a la poesía anterior escrita por su autor, que estaríamos, sin más, en un grado de evolución previsible.

Cuando el poeta agrupa sus últimos libros de esa y no de otra manera, rescatando el que le da título e incluyéndolo en la actual recopilación, marcando las fechas de 1979 y 1989, es lógico pensar que será por algo, que habrá razones, más allá de las puramente editoriales, que avalen esa decisión. Más aún si tenemos en cuenta el rigor que siempre ha caracterizado la obra de Valente.

Es verdad que aunque los temas y las preocupaciones permanezcan (por eso se puede afirmar que no hay ruptura) ahora se lleva a cabo un proceso de afianzamiento y radicalidad que en realidad acerca como nunca a su poesía al anhelado «punto cero» que cerraba como aspiración su obra completa hasta 1979. La parte final de aquel libro —y de muchos esbozos e iluminaciones que por aquí y por allá llenaban sus páginas— será núcleo germinal de este nuevo tomo, independiente y exento por decisión de su autor. Se ha referido Valente en diversas ocasiones a la «estética de retracción» que inspira su quehacer. «Decir más con menos» sería una posible fórmula. Y a ello se ajusta lo escrito.

«Más profundo que la palabra es el silencio». Este aforismo no pertenece, como pudiera parecer, a Valente. Es de Ernst Jünger. Afirma y complementa el aserto valentiano de los «Cinco fragmentos...»: «Poética: arte de la composición del silencio. Un poema no existe si no se oye, antes que su palabra, su silencio». Pero ese silencio (tan zafiamente utilizado por cierta crítica incapaz en descrédito del poeta y tan inanemente desvirtuado por más de un filosofillo metido a poeta) tiene sus contrapuntos en el ver y en la voz (Antonio Domínguez Rey). De una parte, un paisaje la dibuja, la sirve de friso o de teatro de apariencias: el del desierto. De otra, ninguna aspiración para ella más alta, y paradójicamente más concreta, que la de llegar a ser música. «Cruzo un desierto y su secreta/ desolación sin nombre» es el primer verso del primer poema del primer libro de Valente. A ese lugar («lugar originario de la palabra poética»), a ese espacio de la revelación, «espacio único» al decir de Rilke, remiten los poemas de *Material memoria*. En ese desierto confluyen, se unifican, todos los caminos de su obra y en él alcanza la unidad que la define. Como en Edmond Jabés, el Libro es uno solo y

la experiencia del desierto —su soledad y su silencio— están en el antes, en el durante y en el después de su escritura. «En el desierto —ha escrito Jünger— el espacio y el tiempo están aún más cerca del origen (...) La Patria del vidente es el desierto».

La música de Valente es «callada». En la «autolectura» que incluye a modo de epílogo en *Tres lecciones de tinieblas* confiesa que esos poemas tienen en ella «su origen». En más de una ocasión ha dicho o escrito que quien más ha influido en su poesía no ha sido sus maestros literarios (los místicos —occidentales y de Extremo Oriente—, San Juan de la Cruz, La Cábala, Hölderlin, Leopardi, Lezama, Celan, Westphalen, Jabés o Eliot) sino el músico Anton Webern; o mejor, su música. Música extremada. Tan elíptica como el decir que la inspira, tensa como el silencio que inaugura, afinada como sólo la voz más pura.

Voz y ver, música y palabra, llevadas por el ritmo del corazón, habitadas por el pensar, camino de un saber que apenas intuye, que entrevé, que siempre explora.

Por eso —y por tantas otras cosas— la mística sustancia ese tanteo. Ninguna experiencia de sí y de la palabra tan radical y verdadera como aquélla que vive en esa escucha donde el hombre desasido se entrega a su conciencia última. Sería vano intentar comentar el rico legado que esa tradición ha ido dejando en la obra de Valente (y no quiero hacer distingos entre lo que en rigor es obra lírica y lo que es ensayo). Sus libros son elocuentes por sí mismos y cualquier persona interesada puede acceder a ellos sin problemas. Si me interesa anotar que, porque hay quien gusta confundir la necesidad con la oportunidad, se empieza a hablar de un tiempo a esta parte de «poesía mística» (en autores jóvenes) como si de una nueva moda se tratase. Sobran las apostillas.

4.

Quien haya llegado hasta aquí habrá notado que he evitado en todo momento directamente los poemas que componen este libro. Hay premeditación en este hecho.

Valente ha hablado del antes y del después del poema. En principio, el poema se gesta (sería la «escritura exterior») y, más tarde se «alumbra». Luego, con él, «se

vive» («nace viejo»). Más aún: «la palabra poética es una palabra que queda diciendo (...), tiene una especie de decir interminable». ¿Cómo rehuir lo inefable de esa experiencia extrema (experiencia de la poesía y no poesía de la experiencia, que diría Juan Malpartida)? ¿Cómo desvelar en una lectura unívoca «la luminosa opacidad de los signos» que la habitan? ¿Cómo dar por terminada una tarea que es «interminable»? ¿Quién puede suplir ese cruce de aventuras personales que engendra la poesía? ¿Para qué rellenar con vanas palabras los espacios en blanco, los fragmentos, la noche, las pasiones, los cuerpos, el vacío, el amor y las sombras? No hay acoso posible ni el empeño merece transparencias dudosas. Es la limpia «fascinación del enigma» la que nos vale ahora. La poesía de José Ángel Valente, leída y releída, siempre nos habla sobre la operación de las palabras sustanciales. Nada menos, «eso es todo».

Álvaro Valverde

La vida y la obra de Ricardo Molina

El profesor José María de la Torre, que ya había publicado, hace unos años, una interesante y necesaria edición del hasta entonces inédito *Diario* de Ricardo Molina¹, ha publicado ahora una obra original sobre el

¹ *Ricardo Molina: Diario (1937-1946). Edición, introducción y notas de José María de la Torre. Colección Literaria «Paralelo 38», Córdoba, 1990.*

poeta cordobés, *Ricardo Molina, biografía de un poeta*², que motiva este comentario.

Se inicia ésta con una breve «Introducción», en la que José María de la Torre da razón de la génesis y de la finalidad de la obra. Respecto a lo primero, informa que se trata de la primera parte de su tesis doctoral, presentada y defendida en 1989 en la Universidad de Granada, bajo el título de *Hacia una revisión crítica y hermenéutica de la vida y obra poética de Ricardo Molina*, que hasta la publicación de esta obra se hallaba inédita en libro y que ahora ofrece al público lector «con las modificaciones requeridas por el nuevo contexto en que aparece» (pág. 7), una de las cuales, si hay que atenerse al largo título de la tesis, es que en este libro se refiere a la obra total del poeta cordobés, no sólo a la poética. En cuanto a la finalidad, según dice el autor, «ha sido redescubrir y analizar la personalidad dual y trágica de R. Molina desde otros presupuestos y con documentos hasta ahora desconocidos» (p. 8).

Motivos justificadores de esta obra

En esta breve y esclarecedora «Introducción», y tras indicar, siquiera implícitamente, que trata de escribir una «biografía crítica», el autor, aunque apuntándolo apenas, se refiere al nunca satisfactoriamente resuelto problema del alcance de la biografía de un poeta en cuanto a la posibilidad de explicación o esclarecimiento de su obra. Pero, aun siendo consciente de que «un perfil humano-literario no aclara ni explica el código poético de ningún escritor, a pesar de que existan críticos y autores que opinen lo contrario» (p. 9), realiza el de Ricardo Molina por dos razones: «En primer lugar, inexistencia de un estudio biográfico general y crítico de Ricardo Molina» (íbid.), no ocultándose de afirmar tajantemente que «los trabajos publicados durante, aproximadamente, las dos últimas décadas (...) carecen de rigor crítico y científico, por no consultarse fuentes de primera mano» (íbid.). Y continúa aclarando: «En segundo lugar, un perfil biográfico-literario realizado con un criterio objetivo, imparcial y serio, puede tornarse en una fuente de información para los lectores que desconocen la personalidad del poeta cordobés» (pp. 9-10).

En tres partes estructura su obra el profesor De la Torre, aunque la tercera es en rigor un apéndice biográfico dedicado a los dos últimos años de la vida del poeta, cuando se declara la enfermedad que habrá de llevarle a la muerte. Quedan, pues, las dos primeras partes, subdivididas en diversos capítulos, como lo fundamental de esta obra, referidas, la primera, a «contemplar al hombre en su faceta externa», y la segunda a «entrever al hombre interior» (p. 7).

Pero una personalidad, no sólo «dual y trágica», como con acierto la define el biógrafo-crítico, sino plural en su curiosidad intelectual y en sus realizaciones prácticas, impone, como matizaré más adelante, algunas limitaciones al autor, pese a la honradez y seriedad con que lleva a cabo su meritorio trabajo.

Esa honradez y seriedad definen el trabajo entero del profesor De la Torre, hasta el punto de que apenas hay afirmación relevante que no quede previa o simultáneamente contrastada con la respectiva base documental. Así, ya inicialmente, cuando define esa dualidad radical del poeta con independencia incluso de la actividad en que lograría Ricardo Molina su máxima altura como persona humana: la de poeta. Ya en su mismo carácter, descubre De la Torre que Ricardo Molina consistió, por una parte, en «una persona introspectiva y ensoñadora»; pero ello no impedía que, a la vez, se mostrara «alegre, locuaz y dialogante» (p. 17).

Perfil humano e ideológico del poeta

Dentro del primer capítulo de la primera parte (bajo el título de «Infancia, adolescencia y juventud»), destacan, entre otros datos llenos de interés y alumbradores de cuestiones básicas, como la penuria económica del poeta y de su familia, la mención de la influencia que sobre éste ejercieron tres maestros cordobeses de bachillerato: don José Manuel Camacho, don Juan Carandell y don Perfecto García Conejero (pp. 21 y siguientes), influencia que marcaría aficiones y dedicaciones que mantendría Ricardo Molina, con intensidad diversa, a lo

² José María de la Torre: *Ricardo Molina, biografía de un poeta. Publicaciones Obra Social y Cultural de Cajasur, Córdoba, 1995.*